

yentadas por el candor y la inocencia.

Una madre que tiene á uno de sus hijos en los brazos y que lo contempla con ideal embeleso, ofrece el cuadro más hermoso y más lleno de poesía que puede verse. Infunde á la par admiración y respeto.

¡Feliz hogar aquel que bendice Dios enviándole el encanto de los niños! Estos juegan, ríen y á veces lloran; pero su llanto se disipa pronto y vuelve la risa.

En las miradas de los niños hay algo especial que atrae.

Es que el alma se asoma á los ojos y las almas de los pequeñitos tienen el tesoro supremo de la inocencia.

Mirad las fotografías que ilustran esta página. Hay caritas que ríen con delicia, y otras hay que lloran. En todos se revela el candor, el sello especial de gracia que tienen los niños.

Al ver esas caritas, nuestra mente se

imagina un hogar feliz, una casa con muchas flores y mucha luz, un sitio en que los niños corren de aquí para allá llenando todo de felicidad con su infantil algarabía.

Felicidad bendita que no se encuentra ciertamente en todas partes; pero que aman los que saben amar la belleza, los que comprenden la poesía del hogar.

¡Encantadora poesía! no necesitas para revelarte ni oro ni brillantes; vives y palpitas donde quiera que hay una nota de belleza; en el hogar del pobre como en el del rico, y para mostrarte basta que haya un rayo de sol que entre á través de la vidriera; que una flor abra á la vida sus pétalos de raso; que el viento traiga hasta nosotros una melodía; que pase por nuestra mente el verso de vibrante ritmo, ó que una risa armoniosa de niños rubios ó morenos nos recuerde el encanto de la vida.

Lo que puede una vida arreglada

Cuéntase que cuando el millonario Vanderbilt ejercía el humilde oficio de pescador, se acercó un día á mister Jacobb Baker, cajero del Farmers Bank, de Nueva York, solicitando una protección del Banco para ensanchar sus entonces reducidos negocios.

—¿Toma usted licor?—le preguntó el banquero.

—Muy poco—le contestó Vanderbilt—una que otra copa de gin.

—Muy bien—le dijo mister Baker—estamos á dos de enero; si para dentro de un año no ha tomado usted una sola copa de gin, ó de otro licor cualquiera, venga usted á verme en esta misma fecha.

Transcurrió el año, Vanderbilt volvió á ver al banquero, y éste le preguntó:

—¿Acostumbra usted á aventurar algunas sumas en el juego?

—Pocas veces; y solamente en tute, pocker y lotería.

—Perfectamente. Tiene usted otro año para probar si puede dejar la costumbre del juego, y vuelva á verme en el año entrante.

Con toda la tenacidad que caracteriza al yanqui, se presentó al año siguiente

Vanderbilt en casa del banquero, y éste le recibió con afable sonrisa, preguntándole á la vez.

—¿Consume usted tabaco?

—¡Cómo no!—exclamó Vanderbilt—¿qué marino se la puede pasar sin tabaco para mascar, y su pipa?

—Bien, amigo mío, haga la prueba por otro año y venga á verme en este mismo día.

Transcurrió el año y el banquero no recibió la visita del pescador.

Mr. Baker llamó á uno de sus dependientes y lo despachó en busca de Vanderbilt. Al llegar el pescador le dijo el banquero:

—Ayer estuve todo el día esperando su visita.

—Era inútil venir—le contestó el pescador;—porque con tres años que llevo de trabajo sin que ningún vicio me arrastre al derroche, he prosperado en mis negocios de tal manera, que hoy no necesito de la ayuda de nadie para marchar viento en popa.

Y todos saben que al morir Vanderbilt dejó una fortuna de 250 millones de dollars.